

ANDAMIO, DE MANUEL GONZÁLEZ DE LA ALEJA 60 AÑOS DE UNA NOVELA IGNORADA

**ANDAMIO, BY MANUEL GONZÁLEZ DE LA ALEJA.
60 YEARS OF AN IGNORED NOVEL**

ANDRÉS GÓMEZ-FLORES

Periodista, escritor y editor

elsurab@gmail.com

Recibido/Received: 06-10-2017

Aceptado/Accepted: 19-10-2017

Se cumplen en 2018 sesenta años desde que obtuviera el Premio Diputación de Albacete la novela *Andamio*, de Manuel González de la Aleja (Daimiel, Ciudad Real, 1929 - Albacete, 2005), el texto más representativo de lo que puede considerarse la aportación de la literatura albaceteña al llamado realismo social, que tan decisivamente contribuyó al resurgir de la novela española de posguerra, centrando sus armas en el predominio de una permanente denuncia de las deplorables condiciones de vida de los obreros, una clase obrera sobre cuyas espaldas recae el peso del desarrollismo económico del país, y de un indeseable estado de cosas que, sobre todo en las regiones más atrasadas, conocidas como la España olvidada, afectaban de lleno a las clases más humildes y a los obreros peor considerados: peones, mineros, picapedreros, campesinos, albañiles... ahogándolos en la más insoportable pobreza. Téngase en cuenta que González de la Aleja escribió esta novela en 1958, justo entre *Donde la ciudad pierde su nombre* (1957) y *Han matado a un hombre, han roto un paisaje* (1959), ambas de Francisco Candel, el primero en proporcionar la llamada *visibilidad* literaria a los desheredados que, mediado el siglo, formaban los *campos* de gente de la Barcelona a la que llegaban huyendo de la sombra de la pobreza *charnegos* y *murcianos*, entre los que habría muchos albaceteños al estar nuestra provincia incluida en la región de Murcia.

Nos encontramos ante una literatura plenamente realista, muy atenta a las circunstancias y condicionamientos socio históricos que a lo largo del franquismo, la larga noche de piedra, como lo definió el poeta Celso Emilio Ferreiro, envolvieron en la penumbra y amordazaron al sojuzgado individuo de ese tiempo. En resumen, de la novela objetiva con crítica social a lo sumo implícita, vamos a pasar en estos años a una novelesca de claro compromiso social y un manifiesto propósito de denuncia.

Las fuentes que se atribuyen a esta literatura parecen estar localizadas en el neorrealismo, aunque los testimonios novelísticos no puedan calificarse de reportajes ni documentales. Es, más bien, como señalan Eugenio G. de Nora y Gonzalo Santonja, un drama estructurado en una ficción para añadir dinamismo, para llevar al lector a través de una serie de situaciones verdaderas en esencia. Lo que pasará a llamarse realismo social español nace, según los anteriormente citados, con la publicación de *La Colmena*, de Camilo José Cela, *La noria*, de Luis Romero, y *Las últimas horas*, de Suárez Carreño, en 1950 y 1951.

A Manuel González de la Aleja debe incluirse en la llamada Generación del Medio Siglo, que tan sustantivo enriquecimiento para los nuevos rumbos de la literatura, sobre todo en relación con la narrativa de las dos décadas anteriores, como ha señalado José-Carlos Mainer, supuso en la década de los cincuenta (en la que González de la Aleja escribió sus dos primeras novelas: *Pieles* (1957) y *Andamio* (1958)). Algo que a juicio del crítico Ignacio Echevarría es uno de los episodios peor tratados, comprendidos y calibrados por la historiografía literaria de nuestro país, a pesar de la abundante bibliografía volcada sobre él (Echevarría, 2017).

Santos Sanz Villanueva considera que incluso dentro de la propia generación del medio siglo, es posible distinguir una tendencia neorrealista y otra social, que es la que finalmente dará lugar a lo que se llamó novela social. Para Sanz Villanueva, la literatura realista se vuelca en dos grandes direcciones: “denuncia de la situación del obrero y condena de la amoralidad burguesa” (Sanz Villanueva, 1981). El realismo es el denominador de esta nueva novela que remarca un mundo escéptico y sombrío, porque la realidad española no puede ser, en esos años de afianzamiento y consolidación franquista, ni más triste ni más sombría, ofreciendo en ocasiones una novelística politizada y estéticamente desabrida, según han apuntado algunos estudiosos para quienes, como ha señalado Ignacio Echevarría en el artículo citado: “El realismo testimonial de los cincuenta era, entre otras cosas, un desmentido de la fraseología triunfalista y enmascaradora de un régimen oprobioso”.

Manuel González de la Aleja escribe *Andamio* en 1958. Una novela corta, de apenas cien páginas, con la que obtiene el Premio de Novela Diputación de Albacete de ese año (ya el anterior había quedado finalista con *Pieles*, que aún hoy permanece inédita). Un premio que resultó ser un brindis al sol por parte de los políticos del franquismo local, que ni siquiera contemplaban la posibilidad de editar la novela galardonada, como hubiera debido ser. La novela, publicada a expensas del autor, no apareció hasta el año 1964. Pero *Andamio* formaba ya parte de un muy

diverso catálogo de novelas del realismo social que habían empezado a aparecer unos años antes: *El fulgor y la sangre*, de Ignacio Aldecoa (1954), *Los bravos*, de Fernández Santos (1954), *El Jarama*, de Sánchez Ferlosio (1956), *Los olvidados*, de Ángel M. de Lera (1957), o *Las afueras*, de Luis Goytisolo, *Central eléctrica*, de Jesús López Pacheco, o *La resaca*, de Juan Goytisolo, las tres aparecidas en 1958, el mismo año en que González de la Aleja obtuvo el premio y el reconocimiento por la suya, si bien hubo de esperar seis años durmiendo en un cajón.

Lo cierto es que, siendo Manuel González de la Aleja un socialista confeso (su padre, republicano, había sido desterrado y confinado a Albacete), las autoridades no vieron bien la concesión del premio y obstaculizaron todo lo posible su aparición y la carrera literaria del propio autor, que se veía, con los años, obligado a replegarse a la literatura llamada negra o policíaca, como único modo de sobrevivir como escritor en un plomizo panorama literario de provincias, como era el del Albacete de la posguerra.

Lo más probable es que de haber sido publicada en ese año, *Andamio* habría tenido un recorrido mayor, con la narrativa social en pleno auge, pero la novela quedó olvidada en el andén, y el tren pasó de largo, sin detenerse. Luego vendrían *La piqueta*, de Antonio Ferres (1959), *La mina*, de López Salinas (1960), *La zanja*, de Alfonso Grosso (1961), hasta la más tardía *Tiempo de silencio*, de Luis Martín Santos (1962), novela que, según una parte de la crítica, precipita el final de la consolidación de la nueva tendencia. Pero 1964, cuando *Andamio* aparece en provincias, es un año en el que la novela social ha sido prácticamente liquidada ya en Madrid y Barcelona. Demasiado tarde. Fuera de plazo. El infortunio y la desventaja de *Andamio* estriba en que, por añadidura, no tuvo distribución. Se vendieron poquísimos ejemplares, todos ellos en Albacete. Ningún crítico la leyó.

Una novela de denuncia social, escrita por un reconocido republicano de la izquierda, en una ciudad casposa y sombría controlada férreamente por autoridades de inquebrantable adhesión a Franco, en la que, en cualquier caso, la cultura juega un papel insignificante, siempre vigilada y censurada por falangistas de estricto cumplimiento, había de tener, por fuerza, un recorrido breve, limitado al estrecho margen de los amigos y a un reducido e inoperante grupo de intelectuales de provincia. Pero ¿por qué entonces un jurado plenamente identificado con el régimen le concede el premio? Quizá la superioridad de *Andamio* sobre el resto de las novelas aspirantes al premio fuera tan manifiesta que el jurado no tuvo otra opción, aún a riesgo de recibir un pescozón de la autoridad competente.

Tal vez esa decepción fue la que llevó a González de la Aleja a transitar a partir de entonces por caminos más trillados, más próximos a los de su paisano Francisco García Pavón, que tanto reconocimiento alcanzaba por entonces en la literatura popular con las novelas del policía rural, Plinio. En esta línea de provincianos detectives capaces de resolver casos complejos pero insignificantes, González de la Aleja escribió al menos un par de novelas muy aceptables: *El paso de la traición* y *El crimen de la bodega* (González de la Aleja, 1977, 1991). Además de la ya citada *Pieles*, quedaron inéditas *Con la frente marchita* y *Patricia y los escorpiones*.

UNA BIOGRAFÍA

Nacido en Daimiel, González de la Aleja llegó a Albacete cuando contaba solo doce años, en 1941, desplazado junto a su numerosa familia por razones políticas. Su padre, en el apogeo del franquismo, para garantizar la supervivencia de los suyos, tuvo que aceptar convertirse en un emigrado político que, llegado a Albacete regentó el bar *El Altozano*, en donde empezó a reunirse una tertulia literaria junto a la que, pegando la oreja, el muchacho, futuro novelista, veló sus primeras armas literarias antes de abandonar el negocio familiar para convertirse en el agente de comercio que ya sería durante toda su vida, aunque su inquietud le llevaría, no solo a escribir numerosas novelas, sino a jugar un papel decisivo en la restauración del Ateneo Albacetense, clausurado tras la guerra civil, en los años primeros de la transición a la democracia.

En la posguerra el género narrativo adquiere pronto un amplio desarrollo al centrarse en la más pura y cruda realidad humana del momento, describiendo de manera elemental la vida española de esos duros y sombríos años; señalando al obrero como protagonista principal en un mundo de pobreza, miseria e injusticia desconocido hasta entonces. El estilo literario, la técnica novelística; el realismo social, sirvió para reflejar el mundo de los suburbios, las fábricas los obreros, la miseria de la posguerra, expresada siempre en un lenguaje sencillo y coloquial, muy lejos del alambicado precedente de la novela burguesa.

“La situación política y económica, con el inicio de las grandes emigraciones del campo a la ciudad, actúa como estimulante de un grupo de escritores que desean ofrecer el testimonio crítico de la situación de España”, como ha señalado Santos Sanz Villanueva en la obra citada. Manuel González de la Aleja, aunque a distancia de Madrid, en donde se dirime el nuevo estilo, se siente parte del grupo de jóvenes escritores que, ha-

biendo tenido, a lo sumo, una experiencia juvenil de la guerra (COUFFON, 1962), han visto cómo la experiencia infantil ha acelerado su proceso de maduración personal e intelectual.

La Generación del Medio Siglo comparte unos comunes supuestos ideológicos (son perdedores de la guerra o se sienten identificados con la República perdedora), y participan de preocupaciones temáticas y formales análogas. Como señala Sanz Villanueva, su propósito no es otro que ofrecer el testimonio de un estado social desde una personal conciencia ética y cívica. Pretenden, como creadores, que la literatura sirva para algo, en este caso, como revulsivo político, como vehículo de concienciación social, para lo que no desdeñan ninguna posibilidad estilística, llegando a veces, como puede ser el caso de González de la Aleja, a posturas estrictamente obreristas, que tan mal entendidas fueron por una parte de la crítica y por los intelectuales de la llamada modernidad que siguió a la literatura del compromiso, que no supieron ver que lo esencial del estilo realista social se caracteriza por una deliberada pobreza léxica y por una tendencia a recoger los aspectos más superficiales de los registros lingüísticos, haciendo una eficaz trascripción del lenguaje más popular y coloquial.

En 1958 Albacete era una ciudad sojuzgada al poder franquista, sometida a la ley del silencio y del abuso de caciques y terratenientes, en la que el miedo ha hecho mella en los perdedores; ha calado en la conciencia de quienes se saben el último eslabón de una cadena lejana: los obreros. González de la Aleja observa, con la mirada de sus veintinueve años, cómo crece la ciudad. Sabe que ese crecimiento tiene un precio en sufrimiento, en pobreza y en vidas de gentes marcadas por un destino previsiblemente sombrío. Son los inocentes que sucumben calladamente porque no tienen otra idea de sus miserables vidas que no sea la de lamentarse, ir al tajo, comer y, en silencio, volver a la cama, mientras sus jefes redondean los negocios y los beneficios a costa de la rentable miseria del obrero sometido a explotación mediante unas condiciones de trabajo tan inseguras y dramáticas, que ya anticipan desde el primer momento el trágico desenlace. Nada más actual. Eso es justamente lo que González de la Aleja denuncia en *El Andamio*, la novela que aún hoy, sesenta años después de ser escrita, sigue siendo una isla en el archipiélago inhóspito de las letras albaceteñas.

LA NOVELA

Un automóvil se detiene ante un solar para que sus ocupantes (un arquitecto, un tratante millonario que chupa un puro y escupe al suelo, un aparejador enclenque y un capataz rechoncho) determinen la financiación y construcción de un moderno edificio en las afueras de la ciudad. Las obras darán comienzo “bajo el sol achicharrante del mes de agosto” y durarán lo habitual en este tipo de construcciones: ¿un año? Pero la tragedia que nos relata González de la Aleja se reduce a ocho días; de lunes a lunes (un capítulo por día).

A pesar de que se respira un pesado silencio, una suerte de silencio espeso, resignado, culpable, la novela es muy dialogada. El diálogo juega un papel, como señala Max Aub, que antes nunca tuvo la narrativa española, “dando a la palabra lo que estaba reservado a la descripción tanto de los escenarios como de los sentimientos.” (Aub, 1974). El personaje, Anselmo, no puede ser más callado y huidizo, un albañil al que las manos le huelen a tabaco y a yeso, aunque su mujer, Andrea, las bese de cuando en cuando sin importarle el amargor que recoge en sus labios.

Ese silencio, o esa tendencia al silencio de Anselmo, viene empujada por el vértigo y el miedo a no tener los pies en la tierra cuando, cada día, pasa ocho o diez horas subido sobre un andamio. “El miedo es una enfermedad muy fea que da vergüenza confesar (...) Estar a muchos metros de altura, subido en cuatro maderos carcomidos, temeroso de que los chicos se queden sin mí...” (González de la Aleja, 1964: 64-65). Y eso que ha llegado ya, por primera vez desde que es albañil, a trabajar a la altura de un sexto piso.

Una rara sensación, una indisposición inexplicable, le ha hecho ir a la consulta del médico para que éste le recete unas pastillas y le de cita el miércoles siguiente, cinco días después. Cinco días que Anselmo no llegará a vivir. La miseria es una puerta que siempre está abierta al miedo, a la inseguridad, a la inestabilidad sobre un andamio colgado de un sexto piso, con el sol de agosto pegando fuerte sobre la cabeza llena de preocupaciones. El personaje se reconoce en todos esos síntomas y se auto diagnostica su mal: “tal vez la vida no sea tan negra como yo la veo ahora. Nadie tiene la culpa de que yo esté acobardado” (González de la Aleja, 1964: 82).

Como en *El extranjero*, de Albert Camus, el sol, el duro e implacable sol del tórrido verano manchego, reclama su papel y adquiere dimensiones de protagonista a lo largo de toda la novela. El sol preside la vida de Anselmo, lo agobia. La mezcla de sol y pobreza atrae a la muerte. El sol

es el principal enemigo de quienes trabajan expuestos a su machacona fuerza, de sol a sol. Y su insistencia acaba trastornando la mollera de sus víctimas. Es la luz en la altura la que aterriza, escribe González de la Aleja. Tal vez en la niñez no había motivo real para el miedo, “pero ahora sí lo hay; es muy fácil marearse o deslumbrarse por el sol, y el suelo es duro y tiene una fuerza poderosísima para tirar de los cuerpos” (González de la Aleja, 1964: 82), piensa Anselmo, de nuevo aterrado sobre el tambaleante y desvencijado andamio. La observación acaba por desatar todas las negras probabilidades que caben en la cabeza de un hombre pobre, apartado, sin un futuro que no esté envuelto en el celofán de un sueño: abrir una taberna, por ejemplo, para no tener que encaramarse nunca más en el maldito andamio. Para un obrero es fácil soñar. Vivir ya es algo más difícil.

Ha transcurrido una semana desde que Manuel González de la Aleja nos presentó a Anselmo, ese obrero apagado, enfermo de miedo al andamio en el que, sin embargo, se ve obligado a ganarse el jornal. Las sogas que lo sujetan, las maderas carcomidas sobre las que se apoya, los ligeros travesaños que hacen de inexistente protección, constituyen la metáfora de una tragedia anunciada desde la primera página. El lunes, mientras recuerda, subido al andamio, las palabras de su abuelo: “Acércate a las sombras y verás como entre ellas no hay nada más que aire”, Anselmo levanta los ojos hacia el sol sin miedo a su fuego. Luego mira hacia abajo, hacia el mismo punto que verticalmente hay en el fondo. De pronto un grito paraliza todos los sonidos de la obra, el murmullo de los albañiles, el raspar de los palustres, el ronquido de la grúa, las descargas de los volquetes. El drama ha concluido. Un destino roto más. ¿Qué ha pasado?, pregunta el capataz. “Anselmo se ha caído del andamio”.

Una última falsa página de prensa añadida, aunque el autor la presente como copia literal de la segunda de un periódico local, recoge el desenlace de la novela en las ocho líneas que ocupa la noticia del suceso que costó la vida a Anselmo, el triste e involuntario protagonista de la cruda denuncia que hace González de la Aleja.

Son incertidumbres personales, miedos, vuelo corto, años de desprecio, la realidad atroz de la España semirural de los cincuenta, los que configuran esa otra vida que se desarrolla en el lumpen que cerca la ciudad con barriadas miserables; los daños colaterales de la marcha del campo a la ciudad, como supo reflejar Nieves Conde en la película *Surcos*, de 1951. Es el derecho inasumible a la felicidad, el destino callado, escrito, previsible que hace las horas insoportables, lo que González de la Aleja disecciona hábilmente en menos de cien páginas con “la sensibilidad

para crear un clima físico, la capacidad para cargar de sentido un diálogo banal, la potenciación del gesto humano”, como señala José-Carlos Mainer entre las características principales del nuevo realismo social, crítico y objetivo, en el que algo ha unido a todos los novelistas de ese tiempo: “La estética de lo implícito, la intensidad con que la mirada debe reemplazar la descripción intencionada, la voluntad de que un relato aparentemente plano y mate camufle los términos de una poderosa alegoría interior” (Mainer, 1994: 49). *Andamio* es un intachable diagnóstico del mal de la pobreza, tan extendido durante las primeras décadas de la posguerra. La novela se atiene plenamente al realismo, con una evidente intención de denuncia de la injusticia social y política, que logra salvar inteligentemente lo que Max Aub llamó “los obstáculos de una censura tan obtusa como caprichosa” (Aub, 1974:532).

Como en *La mina*, de Armando López Salinas, novela con la que tiene un cierto parentesco territorial, en *Andamio* se describe un mundo en crecimiento, en vías de desarrollo, pero sin libertad, en el que el progreso económico se paga a un precio muy costoso, como ha señalado David Becerra Mayor en el muy atinado estudio preliminar de la obra (Becerra, 2013: 32). El panorama que González de la Aleja nos presenta es el que se deriva del irresoluble conflicto entre trabajo y pobreza. No hay violencia a pesar de ello, sino resignación y sufrimiento; no rutina, sino dura labor y amarga fiesta; no hay esperanza, sino aislamiento del que pocos lograrán salir. Hoy resultan esclarecedoras las palabras de Ignacio Echevarría cuando señala lo siguiente: “La forma tan sumaria con que, en los años de la Transición, se despachó una tradición narrativa mucho más cuestionadora de lo que se suele pensar, la ligereza con que se simplificaron los propósitos y los alcances de lo que, metiéndolo todo en un mismo saco, se englobó bajo la etiqueta de *realismo* –tanto más desdeñosamente si se le añadía el calificativo de *social-*, no fueron suficientes para sofocar el impulso escrutador y crítico que animaba a construir una narrativa distinta de la que se impuso en los años ochenta” (Echevarría, 2017).

Y también cobra especial relevancia el hecho de que, como apunta Echevarría, entre los pocos que han hecho justicia a lo que supuso en España el realismo del medio siglo, se cuente Manuel Vázquez Montalbán para quien, en el marco asfixiante del franquismo, tanto los escritores del llamado realismo social como los de la experiencia crítica vinieron a construir lo más parecido que hubo entonces a una vanguardia, en un orden a la vez estético e ideológico.

De Manuel González de la Aleja va quedando una memoria muy tenue que conviene recuperar, y situar en el lugar que corresponde a quien

fue testigo impagable de una Mancha rural y trágica que supo plasmar con precisión. Considerando la indiferencia con que esta tierra trata a sus escritores, habría que aprovechar este aniversario para abordar de una vez la recuperación que al menos los lectores manchegos le debemos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AUB, M. (1974). *Manual de Historia de la Literatura Española*. Madrid: AKAL.
- BECERRA MAYOR, D. (2013). "Prólogo". *La mina*. Madrid: AKAL.
- ECHEVARRÍA, I. (2017). "Realismo". *El Cultural*. Madrid (7.4).
- ECHEVARRÍA, I. (2017). "Memoria social". *El Cultural*. Madrid (13.1).
- GONZÁLEZ DE LA ALEJA, M. (1964). *Andamio*. Madrid: Gráficas Arabí.
- (1977). *El paso de la traición*. Albacete: Ed. Autor.
- (1991). *El crimen de la bodega*. Albacete: Ediciones de la Diputación Provincial.
- MAINER, J-C. (1994). *De Posguerra*. Barcelona: Crítica.
- SANZ VILLANUEVA, S. (1981). "La Generación del Medio Siglo". En *Historia y Crítica de la Literatura Española*. Vol. 8. Barcelona: Crítica.